

EDITORIAL

ENRIQUE SORO Y NUESTRA MUSICA (*)

EL camino del hombre, con sus dramáticas alternativas, conoce las barreras que obscurecen el horizonte; sabe que hay colinas y a veces cordilleras que cierran la marcha con obstáculos al parecer infranqueables, que hay regiones de sombra en que todo se nos presenta perdido y en que el esfuerzo y el idealismo no cuentan con sus legítimas esperanzas. Pero nuestra ruta también sabe que tarde o temprano suenan horas de justicia y de reconocimiento. Y bien venidas ellas cuando llegan durante nuestra permanencia terrenal, porque no nos podemos habituar a que la obra de un hombre venga a ser aquilataada y distinguida cuando ya su imagen, perdida en el más allá, sólo puede recibir el tributo simbólico de nuestra fe, comunicada por sobre el arcano de la obra de arte que no muere.

Nuestra patria ha determinado que la honra llegue a sus grandes artistas en vida y que periódicamente escojamos a quien más se ha distinguido, para discernirle una corona de gloria. Hoy nos reúne en torno del maestro Enrique Soro y nos pide que hagamos público el testimonio de aprecio y admiración por su labor creadora.

(*) *Publicamos como editorial en este número dedicado al maestro Enrique Soro, el discurso que pronunció el señor Decano de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales, don Domingo Santa Cruz, ante el señor Ministro de Educación y el público asistente al acto de entrega al citado compositor del Premio Nacional de Arte de 1948, acto que se efectuó en el Teatro Municipal el domingo 1.º de Agosto, a las 11 de la mañana.—N. de la R.*

Rendir este homenaje no es sino ver llegar uno de esos instantes claros, en que, como en la naturaleza cuando la lluvia ha alejado la contaminación y la niebla, nos parece posible mirar muy lejos y ver con proximidad increíble el perfil distante de las cosas, la perspectiva completa del paisaje. En lo diáfano de esta visión, podemos, señores, extender la mirada y abarcar lo que nuestro ilustre colega significa para la música chilena, dejando de lado nuestras preferencias, nuestras lógicas distancias estéticas. Enrique Soro, que hoy ingresa al Parnaso de los ilustres, viene a recibir lo que le corresponde, porque nadie podrá negar que a partir de él, a partir de su obra, que era ya la creación de un auténtico compositor, empieza nuestro país a contar en el desenvolvimiento musical del mundo.

No podemos hablar de Soro sin insistir en su rol histórico; él es un eslabón de nuestra historia y tiene la honra de ser el primero y de haber asistido al formidable despertar de la música chilena que él conoció en pañales. Muchas veces lo hemos oído negar, hemos discutido su verdadero valor, porque cuando las cosas se transforman y las evoluciones se apresuran, coexisten generaciones que se diferencian vertiginosamente y de este revuelto vivir se originan negaciones que la serenidad restaurada no puede aprobar. Este es el caso de Soro, con toda la alternativa que ha vivido, con los sinsabores que ha pasado y con todo el valor que tiene por encima de estas contingencias.

Es para mí muy honroso, y me es un deber de justicia, que el destino me haya colocado en la oportunidad de decir públicamente que Enrique Soro es un auténtico artista y un gran compositor. No creo que sea éste el momento de trazar toda la vasta carrera que el músico ha cumplido, desde sus primeros años de niño prodigio, hasta sus múltiples actividades de profesor, director, organizador, ejecutante y compositor. Soro ha tenido esa rara suerte de haberse preparado en todos los campos de la actividad musical y revelado un talento que lo sitúa como un exponente de esa clase de artistas con un oficio amplio y bien cimentado.

Sin embargo, creo que debemos detenernos en uno que otro de los rasgos salientes de su personalidad. Quiero en primer lugar destacar un hecho que no ha sido mencio-

nado con la importancia que tiene y éste es la dirección que Soro dió a su pensamiento musical cuando orientó sus primeros pasos de compositor. Pensemos que Enrique Soro parte a Italia en 1898, que llega a Milán en vida de Giuseppe Verdi, a quien conoce, y durante el primer auge del espectacular éxito del verismo, que deformó el campo en que brillaron Otello y Falstaff. Soro, sin embargo, se vuelve hacia la música pura. No llega a Chile con varias óperas fáciles, aun cuando tenía un innegable don para ello, no se deja tentar por la resbaladiza pendiente del teatro de esos días, sino que aborda las formas sinfónicas, la música de cámara, el lied; es decir, se coloca junto a la vanguardia del arte italiano y vuelve a Chile con una preparación seria y cimenta aquí lo que más tarde debíamos todos seguir: que el centro de gravedad de nuestra vida musical está en el concierto antes que el teatro. Este hecho es notable y de grandes proyecciones futuras. Soro pudo y aun debió ser distinto, no lo fué porque en él había el alma de un músico con otras aspiraciones.

Este hecho es de grandes consecuencias. Todas las naciones americanas padecieron por igual del encandilamiento operístico, se deslumbraron con los divos y saborearon el bel canto, cuando aun no tenían cultura musical formada. Lógicamente apreciaron más la forma que el fondo, más la ejecución que lo ejecutado, más al cantante que al compositor. Toda nuestra energía musical del siglo XIX se consume en este procurar ser émulos de la Scala o de la Gran Opera de París; las consecuencias de este hecho son incalculables y el desastre que acarrea lo estamos viviendo desde el momento en que la comercialización de la ópera ya no puede ser sostenida por el antiguo cambio de 48 peniques. Soro tuvo una intuición única al acentuar el rumbo hacia otro camino, que nos había de salvar, y en esta dirección hemos caminado todos desde hace treinta años.

Dentro de esta línea, Soro cultiva la música pura. No sólo compone sino que da conciertos, ejecuta y hace ejecutar toda clase de obras, dirige orquestas y echa las bases, junto a Giarda, de lo que nuestra generación debía abordar. Yo recuerdo de niño haber escuchado mucha música dirigida por Soro: sinfonías de Beethoven, Schubert, Schumann, Brahms, conciertos con solistas, cuartetos y todo

género de obras que peregrinábamos a escuchar en la vieja casa del Conservatorio. Su alumno Marcelli fué quien por vez primera presentó las nueve sinfonías de Beethoven hacia 1915, salvando un siglo de atraso que llevábamos en el campo de los conciertos.

Debo decir también que cuando vinieron los días difíciles en que debimos luchar por conseguir lo que hoy tenemos, nuestro pensamiento sincero fué colocar a Enrique Soro a la cabeza de nuestra cruzada. Yo fuí personalmente a pedírselo allá por 1925 y desgraciadamente el rodaje del Conservatorio de entonces no le permitió creer en la posibilidad del momento. Nos distanciamos, tuvimos dificultades, pero en el fondo nuestro respeto por Soro como músico nunca disminuyó ni se obscureció. Superada ya esta etapa, un día volvimos todos a estar con él y no teníamos por qué no proceder así. En justicia es Enrique Soro el músico que señaló el rumbo nuestro y él debió sentir también orgullo de lo que sus discípulos iban realizando. Hubo una persona que vió con claridad este rumbo de las cosas y esa fué la fiel compañera del maestro Soro, que por desdicha no puede asistir sino en espíritu a este homenaje que ella predijo. Vaya hacia ella en este momento nuestro recuerdo piadoso y lleno de cariño.

Señores, asistimos a la glorificación de un hombre, lo vemos honrado y reconocido por todos, lo queremos como amigo y compañero, lo reconocemos por nuestro precursor. En nombre de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales le doy testimonio de nuestro respeto y, como chileno, le agradezco toda su obra que es piedra angular en la gloria intelectual de Chile.

DOMINGO SANTA CRUZ.